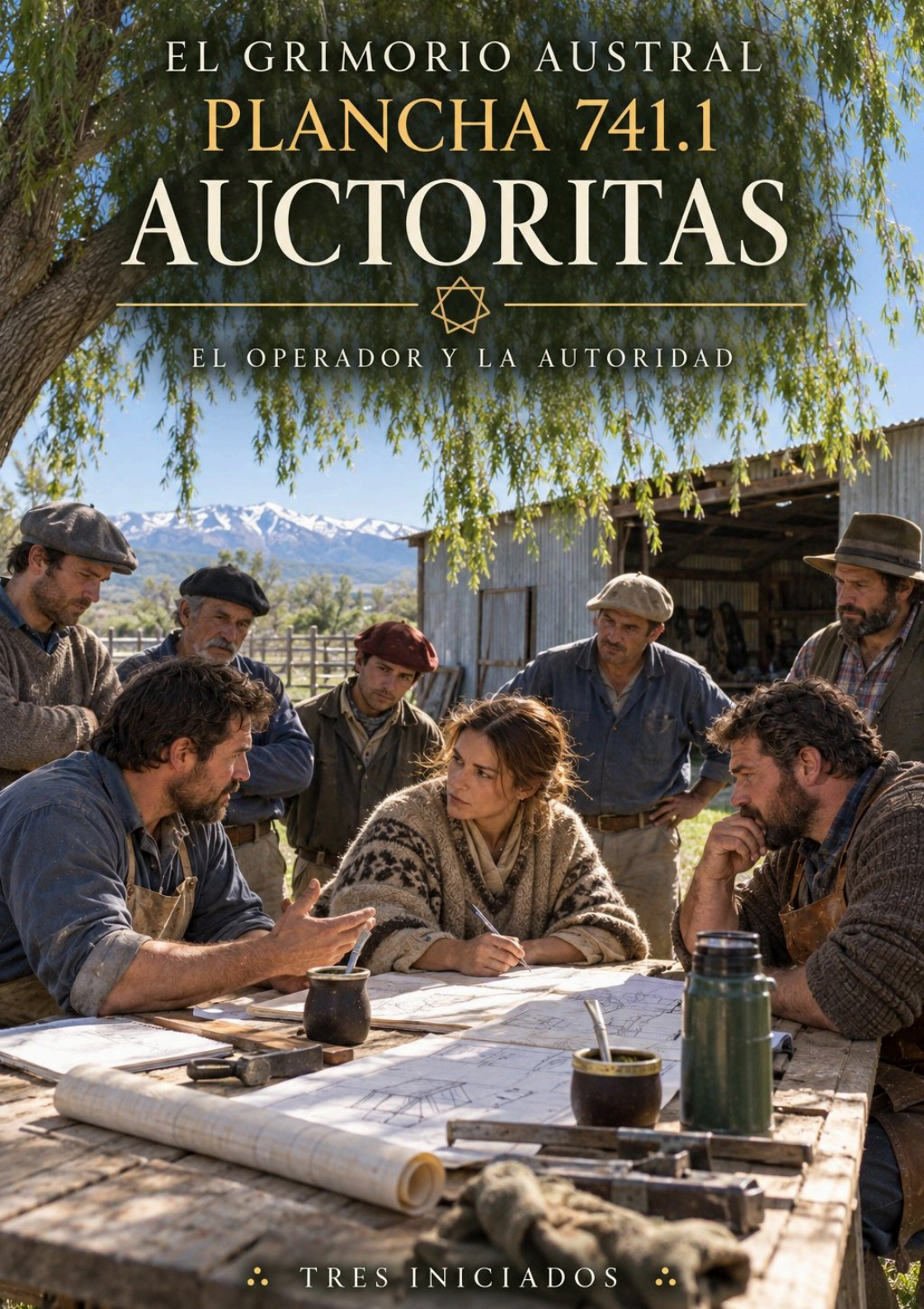
EL GRIMORIO AUSTRAL

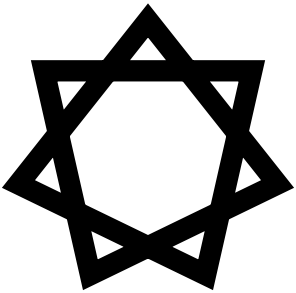
PLANCHA 741.1

AUCTORITAS

EL OPERADOR Y LA AUTORIDAD



∴ TRES INICIADOS ∴



Plancha 741.1: Auctoritas

El operador y la autoridad

Abadía Argentum

ABADÍA ARGENTUM

La primera noche en el obrador nadie habló de instrumentos. Mateo contó a los hombres de la cuadrilla, Clara nombró las plantas que sostienen a las otras, Ignacio recordó quién tira del fuelle mientras el maestro golpea. Antes de preguntar quién opera, los tres quisieron saber con quiénes se opera. La obra, dijeron, empieza por reconocer a la gente.

∴

1.1. Los actores de una obra política

Toda obra política se levanta con personas que ocupan funciones distintas, y el primer saber del operador consiste en reconocerlas. No se trata de un organigrama, que describe cargos, sino de un mapa de funciones, que describe lo que cada uno hace efectivamente por la obra. Maurice Duverger, en *Los partidos políticos* (1951), describió a una fuerza política como una serie de círculos concéntricos: electores, simpatizantes, adherentes y militantes, cada uno más estrecho y más comprometido que el anterior. Max Weber había mostrado antes que ninguna autoridad se ejerce sola: todo jefe necesita un cuadro de hombres de confianza que encuadre a los demás y ejecute lo que él concibe. Sobre esa base se puede trazar un cuadro más fino.

El **electorado general** es el conjunto de quienes deciden con su voto sin pertenecer a la obra. Es su horizonte y su juez, el campo exterior donde la obra se manifiesta o fracasa. Los **simpatizantes** comparten una inclinación, se reconocen en un nombre o en una figura, acompañan en las fechas señaladas, pero no asumen tareas. Los **militantes de base** sí las asumen: reparten, convocan, pintan, sostienen el local, cuidan la urna, gastan su tiempo sin recompensa visible. Son la materia viva de la organización y la primera escuela de todo el que después conduce.

Los **organizadores territoriales**, o referentes de base, conocen un barrio, un pueblo o un gremio con un detalle que ningún dirigente alcanza. En la Argentina se los llama **punteros**, y el término cubre funciones diversas que el operador debe distinguir antes de juzgar. Uno es referente comunitario y su autoridad nace del servicio; otro intermedia recursos entre el Estado o la organización y los vecinos; un tercero moviliza y organiza la fiscalización. A menudo las tres funciones conviven en una misma persona, que cumple un oficio que ninguna estructura puede omitir: es el canal por el que la obra toca la vida concreta y por el que la vida concreta informa a la obra.

Los **cuadros técnicos** aportan saberes especializados (derecho, economía, administración, comunicación, salud) sin los cuales un programa no pasa del papel. Los **cuadros políticos** reúnen formación doctrinaria, experiencia organizativa y capacidad de conducción intermedia: son el escalón de enlace, hombres y mujeres que encuadran a la base y ejecutan lo que la conducción concibe. Los **dirigentes** ocupan posiciones reconocidas, hablan en nombre de un sector y responden por él. Los **operadores políticos** articulan relaciones, tejen acuerdos, negocian y preparan decisiones, con frecuencia detrás de la cortina; su eficacia depende de la confianza que inspiran a varias partes a la vez. El **conductor**, por último, es quien tiene la capacidad efectiva de orientar el conjunto hacia una finalidad.

La figura 1 dispone estos actores en círculos concéntricos, pero el lector no debe tomarla por una escalera. Un dirigente puede actuar como operador en una negociación y como militante en una campaña. Alguien sin cargo alguno puede ser decisivo

porque sostiene una relación, guarda una memoria o tiene la palabra que otros escuchan. Los círculos describen funciones, no rangos fijos.

1.2. Función, autoridad y conducción

Las confusiones más costosas nacen de mezclar dimensiones distintas. Pertenecer a una organización no es participar en ella; participar no es cumplir una función; ocupar un cargo no garantiza legitimidad; tener legitimidad no equivale a conducir. El operador que no separa estas capas termina obedeciendo a un sello vacío o ignorando a quien realmente decide.

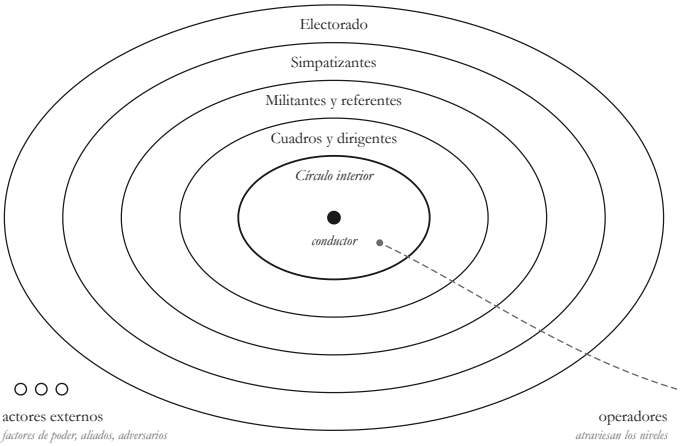


Figura 1. Los niveles de una fuerza política, del electorado al círculo interior que rodea al conductor.

Dimensión	Qué designa	Cómo se reconoce
Pertenencia	Estar dentro del círculo	Afiliación, carnet, identidad declarada

Dimensión	Qué designa	Cómo se reconoce
Participación	Tomar parte en las actividades	Presencia, tiempo, tarea cumplida
Función	Lo que alguien hace por la obra	Oficio concreto que se perdería sin él
Autoridad formal	El cargo otorgado por reglas	Estatuto, elección interna, designación
Legitimidad	La aceptación de esa autoridad	Obediencia sin coacción
Reconocimiento simbólico	El lugar en la memoria del grupo	Nombre invocado, retrato, fecha
Influencia	La capacidad de inclinar decisiones ajenas	Consulta previa, palabra escuchada
Conducción efectiva	La orientación real del conjunto	Decisiones que se cumplen

En una organización sana estas dimensiones tienden a coincidir; en una enferma se separan y cada una busca su centro. La tarea del conductor no es concentrarlas todas en sí, sino conocer dónde está cada una y ordenarlas para que no se combatan.

A los actores internos se suman los que intervienen desde el entorno sin pertenecer a la obra. Están los **aliados**, que comparten un tramo del camino; los **adversarios**, que disputan el mismo campo; los **factores de poder**, que no compiten por el voto pero condicionan cualquier resultado: las Fuerzas Armadas, el empresariado, los sindicatos, la Iglesia, la prensa, el capital extranjero. El operador que trazara su círculo ignorando lo que ocurre afuera repetiría el error del mago que conjura sin conocer las fuerzas que rodean el templo. Como se verá al tratar las entidades, a varios de esos factores habrá que reconocerles nombre, dominio y oficio.

1.3. El círculo interior

Hay un grupo que no figura en el cuadro anterior porque no responde a ninguna de sus categorías. Es el **círculo interior**: el núcleo de conducción, los pocos que hacen posible la operación. No ocupan necesariamente los cargos más altos; algunos no ocupan ninguno. Se los reconoce por otros signos: estaban antes de que el conductor fuera conductor, conocen sus razones y sus dudas, discuten con él sin testigos, y seguirán trabajando por la obra cuando él ya no esté. Ningún organigrama los registra, porque su lazo no es estatutario sino de confianza, de formación compartida y de compromiso con una finalidad.

La tradición ceremonial lo sabe desde antiguo. Los grimorios salomónicos presentan al maestro del arte acompañado de discípulos que conocen el procedimiento, sostienen las luces, custodian el círculo y no pueden abandonarlo mientras dura la operación. La Hermetic Order of the Golden Dawn, fundada en Londres en 1888, distinguió una Orden Exterior, donde se estudiaba y se recibían los primeros grados, y una Orden Interior, abierta desde el grado de Adeptus Minor, donde se practicaba la magia operativa. La A∴A∴, fundada por Aleister Crowley y George Cecil Jones hacia 1907, adoptó otro principio: la transmisión de uno a uno. Cada miembro conoce oficialmente a quien lo introdujo y a quienes él introduce, y la enseñanza corre por esa cadena de relaciones personales. Son modelos distintos que coinciden en un punto: lo esencial no se transmite en la asamblea, sino en el círculo estrecho.

En esa luz se comprende la verdadera función del conductor. No es el autor solitario de la obra sino su **catalizador**: la presencia que pone en movimiento, ordena y unifica a un grupo de iniciados cuyas capacidades, sin él, permanecerían dispersas. Pero el catalizador sin la materia no produce reacción alguna. Weber lo vio con claridad: la autoridad que no forma a su alrededor un cuerpo de fieles se apaga con quien la porta. Sin círculo interior hay una figura, tal vez un caudal de votos, pero nada que perdure.

> **Mateo, el albañil.**
>
> Mateo recordó al capataz de su primera obra en La Plata. «No ponía un ladrillo en todo el día», dijo, «y sin él el muro no subía». Sabía quién mezclaba bien y quién apuraba el fraguado; ponía al oficial joven junto al viejo para que aprendiera; leía el plano y lo traducía a la cuadrilla. Cuando se fue, la obra siguió, porque había dejado gente que sabía lo que él sabía. «Eso es un capataz», dijo Mateo, «el que deja cuadrilla».

El círculo interior se forma con tiempo y se elige con cuidado. Se buscan en él funciones complementarias más que lealtades idénticas: quien piensa la doctrina, quien conoce el territorio, quien domina la técnica, quien sabe negociar, quien custodia los recursos, quien guarda la memoria. Su número es pequeño, porque la confianza no se reparte en grandes cantidades, y su discreción es condición de trabajo, no secreto por el secreto mismo.

El círculo interior tampoco vive aislado de la estructura. Su tarea es irradiar: forma cuadros, corrige rumbos antes de que el error llegue a la base y recoge lo que la base percibe antes de que se vuelva malestar. Cuando se cierra sobre sí mismo, la estructura envejece; cuando se abre sin criterio, pierde la confianza que lo hacía posible. Por eso la pregunta decisiva para quien aspira a conducir no es cuántos lo siguen, sino quiénes trabajan con él cuando nadie mira.

1.4. El operador ceremonial y el conductor

Con el mapa de actores trazado, se puede mirar al operador. En la magia ceremonial occidental, el operador es quien realiza la operación: traza el espacio, pronuncia las fórmulas, maneja los instrumentos y dirige el procedimiento hacia un fin. Lo define una posición, no un don: es quien asume la responsabilidad del procedimiento y responde por su resultado. Entre ese operador y el conductor político hay una correspondencia funcional y simbólica que se despliega en varias facultades.

La primera es el **conocimiento**. El operador estudia el procedimiento hasta ejecutarlo sin vacilación; el conductor conoce la historia, las reglas, los actores y los recursos de su campo. La segunda es la **preparación**. La *Clavícula de Salomón*, grimorio renacentista que Samuel Liddell MacGregor Mathers tradujo al inglés en 1889, prescribe nueve días de cuidado y abstinencia antes de la operación, ayuno en los tres últimos, baño ritual y vestiduras de lino. El operador se trata a sí mismo como el primer instrumento que debe consagrarse. Quien llega a una negociación sin haber estudiado el expediente opera sin preparación, y el procedimiento se le vuelve en contra.

La tercera es la **voluntad**. Éliphas Lévi, en *Dogme et rituel de la haute magie*, puso en el centro de la práctica mágica la voluntad educada: no el deseo intenso sino la dirección sostenida, formada por el estudio y la disciplina. La voluntad del conductor no es la

emoción que la estructura contiene ni la suma de los deseos de sus miembros; es la decisión de llevar el conjunto de un estado a otro. Mil afiliados con mil proyectos no forman uno por sumarse.

La cuarta es el **dominio de los instrumentos**. Como se verá en el capítulo III, cada instrumento ceremonial tiene su correspondencia política, y el conductor debe saber qué sostiene cada uno y cuándo se usa. La quinta es la **disciplina**. El *Liber E vel Exercitiorum* de Crowley prescribe ejercicios de postura, respiración y concentración, y exige registrar cada experiencia en un diario con exactitud. El hábito de anotar lo que se hizo, lo que se esperaba y lo que ocurrió es una escuela de conducción: obliga a distinguir el deseo del resultado. La sexta es la **capacidad de ordenar operaciones**, de establecer qué se hace primero, qué después y qué no se hace. La séptima es la **responsabilidad sobre la obra**: el operador responde por lo que convoca, y el conductor por lo que pone en movimiento.

Ignacio, el herrero.

Ignacio contó que de muchacho tiraba del fuelle en la herrería de su tío. «El maestro elegía el hierro, leía el color y daba el golpe», dijo, «pero si yo aflojaba, la pieza se enfriaba en el yunque». Aprendió así que el fuego no lo sostiene el que golpea. Años después, ya con fragua propia, buscó primero a quien tirara del fuelle y solo entonces encendió.

1.5. En nombre de

El operador ceremonial no actúa en nombre propio. En los grimorios salomónicos las conjuraciones se pronuncian invocando nombres, títulos y potencias que el operador no posee pero en cuyo nombre habla. La fórmula «en nombre de» es la llave del procedimiento: sin ella, el operador sería un particular haciendo gestos. Esa autoridad prestada se reviste como una vestidura; no le pertenece, pero mientras la lleva actúa con su peso.

Max Weber, en *Economía y sociedad* (1922), distinguió tres tipos puros de dominación legítima: la tradicional, apoyada en la santidad de lo que siempre fue; la carismática, en las cualidades extraordinarias atribuidas a una persona; la legal-racional, en reglas impersonales que definen cargos. Son tres maneras de decir «en nombre de»: de un linaje, de una misión, de un estatuto. En la realidad se mezclan, y el conductor sabe cuál de ellas sostiene su autoridad en cada momento.

La obra que el lector emprende no tiene todavía linaje, estatuto ni cargo que la respalde. Su primer «en nombre de» es casi siempre de misión: una causa, un territorio, un saber. En una agrupación de barrio, el nombre que sostiene al operador suele ser el del barrio y el de los servicios ya prestados en él; en una asociación provincial, el de la causa y la competencia demostrada para servirla. Si la obra aspira a ser partido, deberá construir con los años la autoridad legal que hoy no posee. El error típico de esta etapa es invocar al pueblo o a los vecinos cuando acompañan

cinco personas: el nombre invocado debe ser el que realmente se puede sostener.

De ahí una regla que vale para cualquier operación. Quien actúa en nombre de otro debe saber de dónde le viene la voz y hasta dónde llega; quien presta su nombre debe saber a quién se lo presta y cómo recuperarlo. La autoridad delegada que olvida su origen se convierte en usurpación, y la que nunca se delega asfixia a la organización.

1.6. El *cursus honorum*

En la república romana, el *cursus honorum* era la secuencia de magistraturas que debía recorrer quien aspiraba al consulado, con edades mínimas e intervalos entre un cargo y otro. Aquí interesa como imagen y no como modelo: la idea de que la autoridad se acumula por etapas y de que cada etapa enseña algo que la siguiente necesita.

Un recorrido político completo atraviesa aprendizajes sucesivos: el trabajo de base, donde se aprende el valor del tiempo ajeno; la organización, donde se aprende a coordinar; el territorio, donde se aprende a escuchar; la formación doctrinaria, donde se aprende a nombrar; las relaciones humanas, donde se aprende a sostener la confianza; las capacidades técnicas, la negociación, la gestión, la dirección de equipos, el ejercicio de la autoridad y, al final, la conducción estratégica. No hay una sola trayectoria: se llega desde el sindicato, la universidad, el barrio o una profesión. Lo que no se puede es conducir sin dominar, comprender o al menos saber integrar las funciones que sostienen la obra. Quien ignora cómo trabaja un militante no sabrá pedirle nada; quien desprecia al técnico tomará decisiones sin fundamento.

En una obra que empieza de cero, el *cursus* se recorre dos veces. El operador revisa el suyo: qué etapas atravesó, cuáles salteó, cuáles aprenderá mientras construye. Y la obra diseña el de los demás: por dónde entra un simpatizante, qué tarea lo vuelve militante, qué formación lo hace cuadro. Una agrupación de barrio puede ofrecer un recorrido corto, del comedor a la

coordinación de una manzana; un espacio que aspire a ser partido deberá prever temprano quiénes ocuparán cargos y con qué preparación. El error característico es improvisar los ascensos por afecto o por urgencia.

Clara, la jardinera.

Clara explicó que un injerto prende solo si la yema y el pie comparten la savia. «El naranjo bueno no se siembra», dijo, «se injerta sobre un pie que ya resistió el suelo». En su vivero de Tucumán, los pies tardaban años en estar listos, y nadie podía acortar ese tiempo. Quien conduce sin haber echado raíz en la base, agregó, es una yema atada con cinta: florece una temporada y se seca con la primera helada.

Las tradiciones iniciáticas conocen esta progresión con lenguajes diferentes. La masonería simbólica la expresa en tres grados tomados del oficio de construir: el aprendiz que aprende, el compañero que trabaja con otros, el maestro que puede enseñar y dirigir. Las órdenes rosacruces la piensan como perfeccionamiento interior, más cercano al cultivo que a la construcción. La Golden Dawn la convirtió en un programa de estudio y exámenes por grados. La A∴A∴ fijó por escrito las tareas de cada etapa en el *Liber XIII vel Graduum Montis Abiegni* y los juramentos y obligaciones de cada grado en el *Liber CLXXXV*: el aspirante no avanza por reconocimiento ajeno sino por cumplir trabajos determinados. Las diferencias entre estos sistemas son reales, y ninguno es copia del otro. Comparten, sin

embargo, un principio: la autoridad que no recorrió el camino carece de cimientos.

1.7. La obra en construcción

La obra del lector comienza aquí, antes de tener local, nombre o estatuto. Todavía no se sabe si será una agrupación territorial, un movimiento, una asociación, una organización civil o, con el tiempo, un partido: esa forma se decidirá al elegir la copa, en el capítulo III, según la finalidad que el propio lector determine. Lo que debe establecerse ahora es quién la emprende, porque ninguna construcción nace de una idea suelta sino de un operador y de un círculo.

Primero se escribe la obra en pocas oraciones. Esa definición provisoria ya orienta el núcleo: una obra de barrio necesita a quien conozca cada cuadra; una causa provincial, a quien domine la materia y sepa negociar con el Estado; una obra que aspire a disputar cargos, a quien piense la organización y a quien custodie los recursos. La finalidad define las funciones, y las funciones definen a las personas.

Después se reconoce, con honestidad, qué función ocupa hoy el propio lector: conductor, cuadro que piensa mientras otro conduce, operador que reúne a quienes aún no se conocen. Haber tenido la idea no otorga la conducción. Recién entonces se nombra el círculo interior, por funciones complementarias y no por afinidad.

Los errores típicos: confundir el entusiasmo de una reunión con un círculo constituido, reclutar masa antes de tener núcleo, elegir a los parecidos en lugar de a los necesarios.

Mateo comparó el momento con los primeros días de la residencia que levantaban en Río Grande: antes de trazar el plano, los tres se preguntaron quién cargaría la piedra, quién cuidaría el fuego y quién conocía el suelo. La obra del lector queda así con su operador definido, su fuente de autoridad escrita, su *cursus* revisado y su círculo nombrado. Con ese núcleo se trazará, en el capítulo siguiente, el templo: el centro desde donde la obra se ordena, la periferia, los límites y los umbrales por donde se entra en ella.

∴

> **Trabajo del obrador. Primera operación: el operador y su círculo**
>
> Esta es la primera piedra de la construcción: la obra todavía no tiene forma, y aquí se determina quién la emprende. Todo lo que sigue en el libro se apoya en este trabajo. Trabajar por escrito, en un cuaderno reservado a la obra, que será el diario de las operaciones siguientes.
>
> 1. Determinar la obra política que se pretende emprender: qué se quiere fundar, transformar o conducir, en qué ámbito y con qué alcance, en no más de tres oraciones. Anotar, sin decidirla todavía, qué formas podría adoptar (agrupación, movimiento, asociación, organización civil, partido).
> 2. Determinar qué función se está preparado para asumir hoy en esa obra (militante,

organizador, técnico, cuadro, operador, conductor) y cuál se aspira a ejercer.

3. Trazar el mapa de actores que la obra necesita reconocer: los círculos internos que habrá que formar y los actores externos (aliados, adversarios, factores de poder) que intervendrán en su entorno.
4. Inventariar las capacidades que se poseen y las que faltan, recorriendo los aprendizajes del *cursus*: base, organización, territorio, doctrina, relaciones, técnica, negociación, gestión, dirección, autoridad, estrategia. Señalar qué conocimientos y experiencias se deben desarrollar y cómo.
5. Escribir de dónde proviene la autoridad propia: en nombre de qué se actúa (una tradición, una misión, un mandato, un saber, un territorio) y quién reconoce ese nombre.
6. Nombrar el círculo interior: de tres a siete personas, con la función que cada una aporta, la que todavía falta y la manera de constituir con ellas una conducción efectiva.

Resultado. Una página con la definición del operador (la obra, la función, la fuente de autoridad), un esquema de círculos con los actores reconocidos y la lista nominal del círculo interior con sus funciones. Es el primer componente de la construcción.

Fuentes

- Crowley, Aleister. *Liber E vel Exercitiorum sub figura IX*. En *The Equinox*, vol. I, n.º 1. Londres, 1909.
- Crowley, Aleister. *Liber XIII vel Graduum Montis Abiegni*. En *The Equinox*, vol. I, n.º 3. Londres, 1910.
- Crowley, Aleister. *Liber CLXXXV (Liber Collegii Sancti)*. Londres, c. 1909.
- Lévi, Éliphas. *Dogme et rituel de la haute magie*. París: Germer Baillière, 1854-1856.
- Mathers, S. L. MacGregor (trad.). *The Key of Solomon the King (Clavicula Salomonis)*. Londres: George Redway, 1889.
- Duverger, Maurice. *Les partis politiques*. París: Armand Colin, 1951 (trad. *Los partidos políticos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1957).
- Regardie, Israel. *The Golden Dawn*. Chicago: Aries Press, 1937-1940.
- Weber, Max. *Wirtschaft und Gesellschaft*. Tubinga: Mohr, 1922 (trad. *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica, 1944).

Traducción al español hecha directamente desde el original inglés en dominio público.

Abadía Argentum: https://thelema.prometeolatam.online

Agradecimiento a Frater Adael por el armado de la biblioteca.

Traducciones de la Abadía Argentum bajo licencia Creative Commons Atribución, No Comercial, Compartir Igual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0). Los textos originales están en dominio público.

La Abadía Argentum es libre y gratuita. Si querés sostenerla, podés hacer una donación libre en https://thelema.prometeolatam.online/sobre/#donar